

## El encanto de la España vieja

**E**SPAÑA es el país que debe recorrerse volviendo exclusivamente los ojos al pasado. Esto no quiere decir decrepitud ni atraso en el presente, pero sí que es el pueblo que habiendo concretado arte, belleza e interés en determinado grado, llega un momento en que no puede superarse. El mejoramiento cabe en las cosas materiales, pero no en el encanto subjetivo, que, por el contrario, tiende a alejarse ante estas manifestaciones extrañas que surgen junto a él. Y a veces es preferible que se aleje repentinamente antes de que llegue la caricatura. Ver hoy, por ejemplo, a una mujer con peinetón, mantilla e impermeable es algo más triste que jocoso.

Hoy los diferentes pueblos tienen casi todos las mismas costumbres en apariencia, las mismas preocupaciones, pero si se les estudia separadamente encierran los vascos, los catalanes o los andaluces todo el valor de lo que es en sí el interés primero.

Corriendo por la carretera que lleva de Barcelona a Madrid ya se puede afirmar esta impresión. Esos hombres que habitan pueblos colgados en las montañas o encuevados bajo ella, esos pueblos divinos de belleza en la vejez y en la falta de artificio, donde no resaltan en las casas detalles que indiquen la mano del hombre, sino que parecen formadas de la misma materia que los campos y las colinas y los valles, se han compenetrado de la árida fiereza del paisaje. Son lo que Waldo Frank ha llamado el átomo; en tal forma están adheridos a la naturaleza viviendo en las grandes hondonadas o en los barrancos donde se precipitan los torrentes. «Átomos con cabeza

de pedernal y ojos de acero. Hombres sin sensualidad y sin arte. Fragmentos de la montaña deshecha que han aprendido a caminar. Silenciosos e impenetrables, tienen las virtudes del mineral y son fuertes y firmes, inexpugnables, honrados y valientes. Sacarlos de la inercia de su mundo es tan difícil como meter una idea en sus cabezas. Cuando caminan guardan el ritmo torpe y remiso de una piedra que anduviese, como si esta aventura humana fuese sólo una farsa y como si su humanidad estuviese ya pronta a acabarse y a volver al eterno sueño de la montaña.»

Estos son los hombres de Aragón. Los de Cataluña han conservado la atracción típica apartándose un tanto de Barcelona. En las ciudades los hombres se diluyen y adquieren la uniformidad del oficio. En el gran puerto la atracción no es humana, aún distanciadora. El pasado está sólo representado en edificios y plazas, que, poco a poco, la fiebre comercial hace desaparecer. Existen sitios como la plaza del Rey, que es la Edad Media viva y palpitante. En tal forma que después de un momento de permanecer en ella, se extraña la indumentaria del acompañante.

Hoy los españoles viven la tragedia de aquel a quien, por haber querido conquistar un mundo, ya toda conquista le parece muy pequeña. Y contemplan estáticos los acontecimientos. Hablan, murmuran, pero se contentan con vivir en lo que alguien ha llamado un narcisismo apasionado. Es el encanto de la España vieja. Pero como la vida diaria tiene necesidades imperiosas, arrastra a veces a los hombres, y se ven en las costumbres las más absurdas transacciones. Hay un ejemplo. El fervor místico y apasionado se va trocando poco a poco en temor al cura y a la impresión de mal gusto que produce el ser un descreído. Así los hombres no suelen romper abiertamente con la Iglesia, pero se arreglan con ella y el demonio, dando un aspecto de severidad a sus relaciones. Situaciones para las cuales las madres de las preferidas tienden un puente de amparo y respetabilidad. Por las noches, los cafés de Madrid se encuentran concurridos por estos jóvenes que llevan a su amada, a la que acompaña,

además de su señora madre, su pequeña hermana y algún varón anciano, su tío o bien su hermano. Y ahí se está toda esta familia, protegiendo la apariencia del honor. Ese immaculado honor que costaba la vida a las doncellas que, en otros siglos, no sabían guardarlo bien. Y ese gesto de hoy es sólo la tristeza de romper con el pasado.

Todo, todo habla de él, hasta ese individualismo absurdo de que están enfermos, cual más cual menos, todos los españoles. No han podido adaptarse a la idea de la colectividad que hoy domina al mundo. Aquí cada hombre vive encastillado moralmente, más que lo fué su antepasado en una fortaleza de piedra y roca dura.

Y este absurdo, esta no incorporación a la lógica humana tiene extrañas desviaciones, como es entre otras esta lujuria cerebral que ponen los madrileños y los andaluces en sus piropos a las mujeres. Es el sensualismo contenido de todos los que no se atreven a faltar a los dogmas católicos o que no pueden mantener toda la familia de su dama.

Los historiadores creen que hoy España está en la transición que va desde el sueño a la vigilia. Por su importancia, porque debe ocupar el sitio que le corresponde, es deseable que España se haga más práctica, pero perderá el atractivo más grande que ella tiene: su dinamismo dormido buscando el curso de la vida.

MARTA VERGARA.